

La Batalla del Evangelio en el Frente del Hogar

Ronald W. Kirk

9 de Julio, 2002

Mi corazón se llena de un tema conmovedor. No, esto no tiene que ver con la batalla de los sexos o de las generaciones. El mundo y los Estados Unidos en particular están envueltos en una batalla de vida o muerte sobre el surgimiento de la Ciudad de Dios o la Ciudad del Hombre, entre la fe de Jesucristo o el impulso e institucionalización del pecado. Los seguidores de *Calcedonia*, de cualquier duración, conocen este hecho muy íntimamente. Los Cristianos cosmovisionarios pelea la buena batalla de la fe en muchos frentes con confianza en la victoria de la gracia de Dios. Peleamos nuestra batalla usando la sana doctrina Bíblica, históricamente comprobada. Muchos ministerios contemporáneos publican cada vez más la plenitud de las Buenas Nuevas del Reino de Dios, tratando cada tema e interés de la vida. Peleamos la buena batalla en la comunidad, involucrándonos en la política con el objetivo de salvar lo que queda de la libertad Cristiana Americana. Nos preparamos cada vez mejor y estamos listos para decir lo que pensamos, para representar a nuestro Señor en cualquier asunto. Para ayudar a asegurar la santidad de nuestros hogares, cada vez más hacemos uso de escuelas Cristianas y de las opciones como el *homeschool*. Sin embargo, una arena crítica de la acción Cristiana permanece generalmente no reedificada. Sin la atención debida a esta área crítica socavamos la labor en todas las otras esferas. Lamentablemente, muchos Cristianos continúan implementando la psicología atea que ha fundamentado la teoría educacional en boga durante el último siglo o más. Como el Dr. Rushdoony ha señalado con respecto a las maneras de la antigua Grecia, a menudo no nos damos cuenta del impacto de esa psicología en nuestra cosmovisión. La raíz del pecado institucionalizado es el pecado no corregido del individuo. De modo que el hogar es la primera línea del Reino de Dios, y puede comprometer o “apurar el día” de la victoria cumplida de acuerdo a la promesa. Por causa del Evangelio, los Cristianos Bíblicamente sanos deben aprender a reproducir la fe en sus hijos.

¿Los Niños a Cargo?

Cuando veo a un Cristiano bien educado abrazar y articular elegantemente las doctrinas Bíblicas históricas de la gracia, y sin embargo le veo también igualar su responsabilidad paterna con la mera adulación permisiva en lugar de proveer un entrenamiento real, me siento muy apenado. Los Cristianos que se permiten el ser formados por la psicología dominante, y responder a ella, en lugar de dedicarse a la aplicación reflexiva de la Escritura, no le hacen ninguna justicia a su Señor, ni a sus jóvenes prójimos, quienes también son un depósito sagrado. El niño, de manera voluntariosa, consigue soltarse del brazo de su madre. El niño se rehúsa a dormir en su propia cama. No come los alimentos que sus padres le proveen. Se ríe frente a la petición amable de su madre. Establece el tiempo, lugar y naturaleza de su actividad. El niño dirige el hogar y los padres tratan de satisfacer sus caprichos. Cuando se comporta mal, su madre simplemente le cambia de sitio del lugar de su mala acción o rabieta hacia otra ubicación, incluyendo posiblemente un “tiempo fuera.” En la medida en que estos escenarios son verdad, en esa medida el pecado gobierna y se requerirá un gran esfuerzo para deshacer el daño si esto es posible del todo. De modo que entrenamos a nuestros hijos para llegar a ser descontrolados y carentes de gracia. Ninguna cantidad de permisividad y afecto pasivo borrará el egocentrismo practicado. Recuerdo a una nueva madre, tratando con su hijo de cuatro años,

exclamando, “¡Cómo es que muestra tal desprecio por mi trato dulce!” La respuesta es que el pecado habita profundamente en el corazón del niño. La disciplina y el entrenamiento amoroso corrigen el corazón y en última instancia lo preparan para el Evangelio, así como Juan el Bautista preparó el camino del Señor con su llamado al arrepentimiento.

Los niños que no aprendan de manera desinteresada, por causa de Cristo, a aceptar su destino, a ser obedientes a la autoridad justa y a perseverar por la fe, serán menos capaces de recibir la gracia por fe. Los niños que consiguen todo lo que quieren, todo lo que su alma ansía, no tienen ningún cuidado de la gracia salvadora. No ven necesidad, y más bien serán miserables en su estado pecaminoso en lugar de recibir la gracia real. Este es un estado horrible, y nadie que pueda ayudar a aliviarlo debiese dejar al niño en tal miseria. Sin embargo, esto es lo que a menudo produce un amor permisivo y humanista.

Mientras más pequeño sea un niño, más los padres y profesionales por igual prefieren un enfoque paterno ambiental y permisivo. Sin embargo, para el momento que el niño tenga cuatro o cinco años de edad, ya se ha formado un tremendo hábito y carácter. El entrenamiento correcto comienza cuando un niño emplea primero la obstinación en contra de la sabiduría paterna a favor del niño. Esto podría ser en la silla de comer del infante o en la mesa de cambiarle los pañales. La corrección puede aparecer en la forma de restricción externa o de una expresión amable de desaprobación, pero debe ser directiva y efectiva.

Las madres, y especialmente los padres, deben inculcar un sobrecogimiento piadoso hacia los padres, reflejando el sobrecogimiento que todo hombre y mujer debiese tener para con su Señor. Tal sobrecogimiento y la práctica de la disciplina piadosa, especialmente la disciplina temprana, les permite a los padres otorgar una libertad mayor y más temprana a sus hijos a medida que se hacen más capaces de auto-restringirse. Los niños responden más fácilmente a la autoridad del papá. Por lo tanto, el padre debe establecer el respeto por la madre.

En el extremo opuesto de la permisividad están aquellos padres que entienden la necesidad de disciplina pero que asumen una visión autoritaria de su oficio paterno. Al demandar una mera conformación, el padre produce una conducta meramente externa y esclavizante. Mientras tanto, el niño abriga y cultiva su rebelión, esperando solo por el tamaño, la fuerza y el poder intelectual para afirmarla.

Los Cristianos debemos darnos cuenta de la necesidad de un entrenamiento balanceado y temperado por el tiempo, sin tomar nada por sentado en el pensamiento, vida y conducta del niño. Todo está vacante, hablando en términos educacionales. No hay neutralidad entre la Ciudad de Dios y la Ciudad del Hombre. La pecaminosidad es la posición natural por omisión. Para saber lo que el niño requiere en el entrenamiento el padre debe aprender en detalle lo que se requiere del Cristiano maduro. Los modales son importantes. Webster define los modales como sinónimo de moral y ética. Los padres deben convertirse en estudiantes de los modales piadosos e inculcar los mismos en los niños desde las edades más tempranas.

Sin duda que los padres Cristianos deseamos amar a nuestros hijos con el mejor de los amores. El problema puede residir en nuestras presuposiciones, nuestro entrenamiento en la paternidad, o en resolver ejecutar nuestra responsabilidad paterna. ¿Cómo podemos los Cristianos, reconociendo la disciplina firme de Dios, siempre amorosa y usualmente suave hacia nosotros, no entender que nuestros hijos requieren lo mismo? Abundan los pasajes escriturales de

principio a fin con respecto a la responsabilidad y el método paterno. Nuestros niños dependen de nosotros para equiparles y entrenarles en todo camino del Señor para su bienestar y la gloria de Dios. Los padres no debemos tomar nada por sentado en principio o en detalle. Los padres deben ser la sabiduría y disciplina del niño para él, requiriéndole de algo hasta que sea capaz de caminar independientemente de la autoridad paterna delante de Dios. La enseñanza cuidadosa produce una resistencia natural en el niño, porque es trabajo y la naturaleza humana es perezosa. Los padres también deben corregir la actitud del niño. Los padres a menudo realizan tal corrección de la actitud de una manera superficial, y al final el niño sale ganando en la batalla del ingenio. Es aquí donde la corrección corporal amorosa, sensata y auto-restrictiva es la clave. “A quien mucho se le ha dado más se le pedirá” se aplica a la responsabilidad paterna. Un verdadero gozo y fuertes vínculos familiares resultan de una disciplina paterna balanceada y del amor familiar.
